

# Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL D  
CERVANTES



## **Las primeras navegaciones griegas a Iberia (siglos IX-VIII a.C.) Antonio García y Bellido**

**Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones** [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

[Publicado previamente en: *Archivo Español de Arqueología*, n.º 41, 1940, 97-127. Versión digital por cortesía del editor (*Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid*) y de los herederos del autor, con la paginación original. Las notas al pie se han numerado correlativamente, manteniendo las referencias visuales originales en el texto.].

© Antonio García y Bellido

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

## Las primeras navegaciones griegas a Iberia (siglos IX-VIII a.C.)

Antonio García y Bellido

[-97→]

*Al profesor A. Schulten en el setenta aniversario de su nacimiento*

ANTECEDENTES; RELACIONES ENTRE EL EGEO Y EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL DURANTE LA EDAD DEL BRONCE.

Arqueológicamente puede constatarse con datos tangibles la existencia de relaciones, más o menos directas, entre las tierras que bañan las aguas del Egeo y las costas más occidentales del Mediterráneo, ya en tiempos tan remotos y alejados como los que transcurren durante la Edad del Bronce. Estos testimonios de orden arqueológico han aparecido en toda la cuenca del Mediterráneo Occidental, tanto en las islas como en las zonas costeras de la tierra firme. Tales son, en el Mediodía de Francia, un oinochoe de boca en forma de pico erguido (*Schnabelkanne* de la terminología alemana) del Museo Borély, en Marsella, hallado en el Bassin du Carénage en 1837 (fig. 1); dos puñales de cobre chipriotas hallados, uno en Marsella, cerca de la Charité, y otro en Auriol, más un fragmento de vaso kretense o kykládico también de Marsella (1) <sup>1</sup>.

En las Islas Baleares no ha aparecido hasta el presente más que un solo testimonio coetáneo de los citados de Provenza, pero éste —que procede de Menorca— es tan representativo como los anteriores. Se trata de otro oinochoe cerámico (fig. 2) de boca en forma de pico erguido, idéntico por su figura y su decoración al ya mencionado del Bassin du [-97→98-] Carénage, y que, como él, fue hallado también en pleno siglo XIX (2) <sup>2</sup>. Todos estos hallazgos son datables en la primera fase de la Edad del Bronce. Los dos oinochoai, sobre todo, son piezas importantes y extremadamente típicas (3) <sup>3</sup>.

En Cerdeña son también de tipo kykládico los idolillos de mármol de Anghelu-Ruju, cerca de Alghero, quizás importados del Egeo. Influencias egeas se han querido ver tam-

<sup>1</sup> Vide Jacobsthal y Neuffer, *Gallia Graeca, recherches sur l' hellénisation de la Provence*, en *Préhistoire*, t. II, fasc. I, 1933, con la bibliografía anterior.

<sup>2</sup> Fue de la colección Ramis y Ramis, de Menorca. De ella pasó a la del Profesor Vives, en Madrid, donde estaba en los primeros decenios de este siglo. Su paradero actual nos es desconocido. Su origen minorquino, aunque no está absolutamente documentado, es, sin embargo, el más probable. El ejemplar ha sido reproducido pocas veces, y ninguna, que sepamos, fotográficamente. Fue publicado por vez primera en la obra de Hernández Sanz *Compendio de Geografía e Historia de la isla de Menorca*, Mahón, 1908, figura de la pág. 94, en dibujo del autor. Al año siguiente fue publicado de nuevo, esta vez por su dueño, Vives, en su estudio *El arte egeo en España*, II (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, t. XXII, pág. 2, fig. i, Madrid, 1910). Ambos autores vieron ya en él, con acierto, una obra importada de origen kykládico. Posteriormente ha sido mencionado en varias ocasiones y por varios investigadores en el mismo sentido.

<sup>3</sup> El del Museo Borély mide 19 cm. de alto y es de barro amarillento de mediana calidad. El barniz presenta un color ligeramente pardo, tirando en parte a amarillo o cereza. El de Menorca, según la descripción que de él hizo Vives (*loc. cit.*), medía 17 centímetros de alto, era de color blanquecino con fajas de color oscuro. Su asa atravesaba las paredes del vaso, asomando las puntas por dentro.

bién, para Sicilia, en las espirales en relieve sobre las puertas de las tumbas de Castelluccio, próximo a Siracusa, y en ciertos huesos con una fina decoración oviforme del mismo



Fig. 1.- Oinochoe del Bassin du Carénage. (Marsella: Mus. Borély.)



Fig. 2.- Oinochoe de Menorca. (Paradero actual desconocido.)

yacimiento arqueológico (4) <sup>4</sup>. Aparte de los numerosos ejemplares [-98→99-] del típico vaso de doble asa, el llamado *δέπας ἀμφικύπελλον*, muy frecuente en Sicilia durante el primer período sículo. Aunque estos testimonios no puedan tenerse con seguridad como productos directamente venidos de la cuenca egea, obedecen por lo menos a su influjo y estímulo. Por su fecha han de colocarse en los comienzos de la Edad del Bronce, como los anteriores.

Al pleno Bronce corresponden los lingotes cretenses hallados en Serra Illixi (Cerdeña) (1) <sup>5</sup>, datables hacia el 1500. Y no muy distante de ellos en fecha, las perlas de vidrio halladas en Fuente Álamo (Almería), de procedencia sin duda nilótica (2) <sup>6</sup>.

Sábese también por abundantes hallazgos arqueológicos que al finalizar el segundo milenio anterior a Cristo, existían relaciones comerciales bastante frecuentes entre los focos culturales del Egeo y Sicilia, no sólo con su costa oriental, la que mira al Mar Jónico, sino —lo que es más interesante para nosotros— con las costas norte y occidental de la isla, las que se asoman de pleno al Mar Sardo y Balear. Son vasos mykénicos del último período, semejantes a los que con tanta frecuencia suministra la isla de Rhodas, idolillos de arcilla, también típicamente mykénicos, espadas, vasos de bronce laminado, espejos y joyas, todo del mismo origen (3) <sup>7</sup>.

De tiempos algo más cercanos, lindando ya con el comienzo de la Edad del Hierro en el Egeo, son testimonios de la permanencia de estas relaciones, quizás, las hachas de apéndice lateral frecuentes en el sur y sudeste de España y halladas también en las Baleares, Cerdeña, Sicilia, Italia y toda la cuenca oriental del Mediterráneo (4) <sup>8</sup> y las fibulas del tipo de Cassibile (Sicilia), halladas también en el Egeo (Creta) y al otro lado del Estrecho de Gibraltar (lote de la ría de Huelva) (figura 3) (5) <sup>9</sup>. [-99→100-]

<sup>4</sup> Vide Taramelli, *Necropoli di An-ghelu Ruin*, en los mon. ant., 1908, pág. 387; Orsi, *Castelluccio*, en el Bull. di Paletn. Ital., 1892 y 1897.

<sup>5</sup> Vide Taramelli, *Bull. di Paletn. Ital.*, 1904, pág. 91, y, principalmente, Porro, *Influssi dell'Oriente preellenico sulla civiltà primitiva della Sardegna*, en *Atene e Roma*, 1915.

<sup>6</sup> Bosch, *Etnología*, págs. 226-7.

<sup>7</sup> Consúltese Orsi, *Atti del I Congresso Storico internazionale*, 1905, V; E. Peet, *Annual of the British School at Athens*, 1906-7; Ghirardini, *Bull. Palet. Ital.*, 1913; Peet, *The Stone and Bronze Ages in Italy and Sicily*, 1909.

<sup>8</sup> Bosch, *Etnología*, pág. 231.

<sup>9</sup> Vide artículo *Fibula*, del *Reallexikon der Vorgeschichte*. de Karo y v. Duhn; Blinkenberg, *Fibules grecques et orientales*, 1926. Para el hallazgo de Huelva: Gómez-Moreno, *Boletín de la R. Acad. de la Hist.*, t. 83,

Estos son, por el momento, los más importantes hechos de orden arqueológico que pueden presentarse como obligados antecedentes a las navegaciones griegas de época histórica.

Por fuentes escritas, aunque no comprobadas todavía por los hallazgos, puede afirmarse que desde muy temprano también —pero no antes de las postrimerías del segundo milenio anterior a Cristo— los mercaderes fenicios frecuentaban en viajes directos las

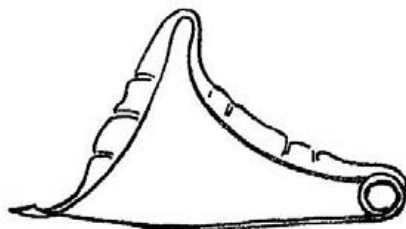


Fig. 3.- Fíbula del tipo llamado de Cassibile del lote hallado en la Ría de Huelva

apartadas tierras del Mediterráneo occidental, como término de sus arriesgadas expediciones comerciales que, a lo largo de las costas norte-africanas, conducían a los ricos emporios metalíferos del sur de España (Tarschisch). Basándose en la carencia de hallazgos fenicios en nuestra Península anteriores a los siglos VIII-VII se ha pretendido negar últimamente que estos viajes llegasen hasta ella. Pero hemos de considerar como noticias fidedignas las transmitidas, no sólo por los textos bíblicos canónicos y no canónicos, sino por los autores clásicos, según las cuales Gadir fue fundada por aquellos mercaderes hacia el año 1100. Esta es, desde luego, mencionada dos veces por el *Libro de los Jubileos* (VIII, 23, 26; IX, 12), basado en un viejo planisferio fenicio datable en pleno siglo IX antes de J. C. (1) <sup>10</sup>.

#### LOS GRIEGOS HISTÓRICOS. COMIENZOS DE SUS EXPLORACIONES EN EL OCCIDENTE: CHALKIDIOS Y RHODIOS.

Los principios del Hierro en el Egeo fueron acompañados de una tan intensa conmoción de orden étnico y cultural que hizo cambiar [-100→101-] totalmente la faz de su historia. Naturalmente esto no se cumplió sin graves repercusiones de toda índole. El período caótico y oscuro con que comienza Grecia a entrar en su Historia escrita, trae consigo una pérdida casi absoluta de aquellas viejas relaciones, más mediatas que inmediatas, que durante la Edad del Bronce mantuvieron en contacto y relación ambos focos culturales extremos del Mediterráneo. Por el momento fueron únicamente los fenicios los que sin duda conservaron y fomentaron aquellas antiguas relaciones beneficiándose sobre todo del comercio de metales, cuyo emporio occidental constituía por entonces Tartessos o Tarschisch. Parece como si los griegos, ocupados en los comienzos de aquella nueva etapa en buscar acomodo dentro del nuevo ámbito geográfico, sede de sus futuras grandezas y miserias, hubiesen perdido totalmente la pasada noción de la existencia de aquellas tierras sitas a su occidente. Sin embargo los hechos posteriores demuestran que este olvido no fue total. Cuando el orden y la estabilidad política permitieron a los griegos tender su mirada por las tierras y mares circunvecinos, cuando pudieron intensificar sus relaciones exteriores, vuelven a arar el mar con sus naves en busca de las lejanas costas del occidente,

---

1923. Parece ser que la fecha asignable a los bronce de Huelva debe rebajarse hasta el siglo IX (según referencia oral del Sr. Almagro, quien tiene en prensa un estudio sobre los bronce de Huelva).

<sup>10</sup> Vide Hermann, *Die Erdkarte der Urbibel*, 1931, pág. 68.

atando a sus nuevos afanes las viejas experiencias de sus precursores. El sur de Italia y la isla de Sicilia fueron de nuevo meta de sus rumbos; éstas, andando el tiempo, se transformarán en una Magna Grecia. Tal redescubrimiento de los parajes más occidentales del mar Jónico abrió las puertas de entrada al amplio seno sardo y balear, que muy pronto debieron surcar. Sus primeras navegaciones vinieron acompañadas de un gigantesco impulso comercial y de una actividad marinera sólo comparable a la desarrollada en los siglos XV y XVI por españoles y portugueses. Gracias a ello, el lejano mar de Occidente volvió a abrirse ya de una vez para siempre y a ser parte importante en la historia del mundo antiguo. Veamos cuándo y cómo llegan los griegos históricos a las tierras bañadas por el Mediterráneo Occidental.

Mediado el siglo IX navegantes jonios oriundos de Chalkís y Eretria, en Euboia, fundan una colonia, la de Kyme, valientemente clavada lejos de sus hogares metropolitanos, en pleno mar Tyrrhenio, frente por frente de Cerdeña. El valor y el significado que este hecho, casi inverosímil, tiene para la historia cultural del Mediterráneo Occidental [-101→102-] es enorme. Ciertas tradiciones colocan esta fundación en fechas aún más lejanas (hacia el 1050) y hay historiadores que no niegan esta posibilidad. Mas, por hoy, la arqueología no constata la presencia de griegos en esos lugares en fecha anterior al siglo VIII-IX. De todos modos, aún aceptando provisionalmente esta data, es indudable que antes de ella los chalkidios tenían que conocer bien estos parajes, pues es condición necesaria la precedencia de ciertos viajes exploratorios y ciertos tanteos comerciales o piráticos precursores de la fundación colonial. En cualquier caso ello nos prueba que los intereses griegos creados por el nuevo estado de cosas miraban desde el principio y primordialmente al lejano Occidente, a donde les conducían no sólo los recuerdos de viajes y emporios ancestrales, sino también el ejemplo de las navegaciones fenicias, que por entonces tenían ya una base comercial firme en Gadir, en las bocas del Atlántico y un cierto número de intereses en Sicilia. Al constituirse Kyme en la primera colonia griega de Italia, el navegante heleno había hecho acto de presencia en la mitad occidental del Mediterráneo, el cual no tardará en ser incorporado totalmente a su oikoumene. Este acontecimiento, usando de la máxima prudencia en las fechas, puede situarse sin temor, por lo menos, hacia el 800 antes de J. C. (1) <sup>11</sup>.

Kyme fue el punto de partida de una asombrosa actividad colonizadora. Rasgado el misterio, los griegos, y a su cabeza los mismos, jonios chalkidios, comienzan a pulular por el nuevo mar, estableciendo en primer lugar nexos o lazos intermediarios entre la nueva colonia y la [-102→láminas-]

<sup>11</sup> El problema de la fecha de fundación de Kyme ha dado lugar a una acentuada diversidad de opiniones. Por ceñirnos a los últimos y más autorizados juicios, citemos los de K. J. Beloch y E. Pais. Beloch (*Griechische Geschichte*, I, II.<sup>a</sup>, pág. 227, segunda edición, 1926) no acepta que Kyme haya sido fundada antes de dominar el estrecho de Mesina, calculando su fundación no mucho antes que la de Mégara o Syrákousai. La remota fecha transmitida por Eusebios, Velleius y Strabon, se la explica Beloch por una confusión con su homónima la Kyme de Asia Menor. Ettore Pais, por el contrario, admite como muy verosímil, si no la fecha dada por los autores citados, sí al menos la prioridad de ella con respecto a las demás colonias suditálicas y sikeliotas, según el testimonio de Strabon (πασων πρεξβυτάτη των τε Σικελικων και Τραλιωτιδων. Strabon, V, 4, 4). En un principio, añade, no se trataba de fundar colonias agrarias o políticas, sino de fijarse en puntos seguros para el depósito y el tráfico de mercancías, obtenidas incluso por procedimientos piráticos (E. Pais, *Storia dell'Italia Antica*, 2.<sup>a</sup> edic., 1933, I, pág. 271). La opinión de Beloch nos parece exagerada. Casos como el de Kyme los tenemos en la fundación de Gadir, en la de Mainake, en varias de las colonias griegas del Pontos, que fueron creadas antes de establecer las colonias intermedias.

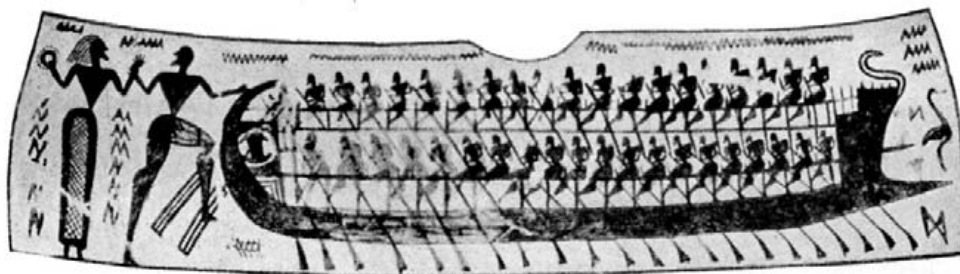


Fig. 4.- Pentekóntoros griego del siglo VIII en un vaso del "geométrico final" del Museo Británico.



Fig. 5.- Gran navío de altura pintado en un vaso del geométrico final (s. VIII), conservado en Toronto.  
(Según Payne, *Protokorinthische Vasenmalerei*, lám. III.)

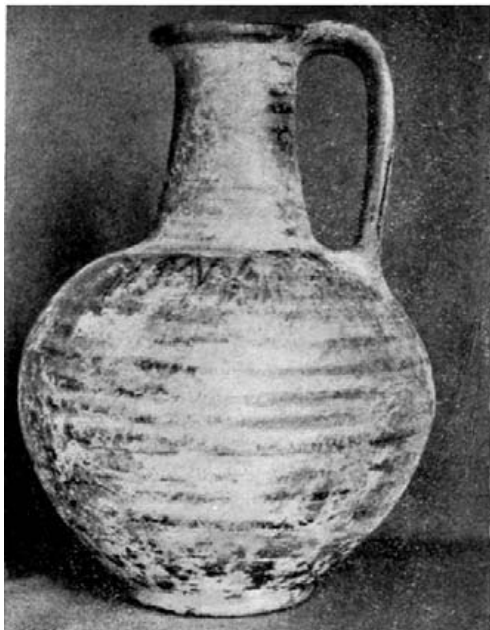


Fig. 6.



Fig. 7.



Fig. 10.

Fig. 8.

Fig. 9.



Fig. 6. Oinochoe geométrico del Bassin de Carénage. (Marsella, Mus. Borély.) — Figura 7.- Amphoriskos geométrico de Saint-Marcel. (Marsella, Mus. Borély.) — Fig. 8.- Hydria geométrica de Olbia. (Mus. de Hyères.) — Fig. 9.- Lékythos protokorinthio de Olbia. (Mus. de Hyères.) — Fig. 10.- Taza jónica del Etang de Berre, (Mus. des Antiq. Nationales.) (Según Jacobsthal y Neuffer, *Galia Graeca*.)

**[-láminas→103-]**

metrópoli. A los jonios de Chalkís y Eretria síguenles los dorios del Pelopónnesos, de Rhodos, de Kreta, los achaios —o aqueos— de Lokrís. Así, poco más tarde de la creación de Kyme vemos poblarse de factorías y colonias griegas todas las playas suditálicas y sicilianas bañadas por las aguas del mar Jónico y el mar Sículo. Surgen unas colonias tras otras. A la chalkidia Kyme síguele Naxos, fundada por gentes del mismo origen, en 735, al pie del Etna. Un año más tarde le sucede Ortygía, cuna de la gran colonia dórica, de la opulenta Syrákoussai, luego Mégara Hyblaia, doria también; Leontinoi, Katana —éstas de estirpe jónica—, alineadas todas ellas en la costa siciliana del mar jónico y nacidas hacia el 730. Los jonios chalkidios, necesitando dominar la llave del estrecho que da entrada al mar Tyrrhenio, donde ya tenían el punto avanzado de Kyme, fundan Zankle (llamada después Messana), en la misma fecha. Nueve años después surge en el sur de Italia, sobre las costas del mar Jónico, la achaica Sybaris (721), luego Taras, Kroton, Lokroí, nacidas hacia el 708, doria Taras, achaias las otras dos. Con el fin de vigilar ambas orillas del estrecho de Zankle, nueva hornada de gentes jonio-chalkidias planta frente a ella, en la costa itálica, Rhegion, fundada el 708 también. Poco antes los mismos de Zankle fundan la sub-colonia de Mylai (716), asomada por entero al nuevo mar tyrrhenio. Hacia el 700 los rhodios con los kretenses, dorios como ellos, se establecen también en Sicilia, dando el nombre de Gela a su primera colonia sita ya frente a las costas carthaginesas, vigilando el otro paso, más amplio, al mar Sardo. Así, en menos de medio siglo, con las fundaciones de jonios, dorios y achaios una nueva Grecia había nacido a las puertas del Mar Occidental.

Los testimonios de orden arqueológico demuestran que antes de la fundación de estas colonias sus comarcas eran ya visitadas por comerciantes activos. El colono, más positivo y cauto que los exploradores, piratas o negociantes ocasionales, no se establece si antes no está bien informado del porvenir de las tierras que ha de colonizar. A las fundaciones citadas, todas ellas del último tercio del siglo VIII, precedieron, con mucho, viajes aislados de exploración o de aventura, tanteos y creaciones de emporios provisionales, en muchos casos simples refugios de aventureros (el caso de Zankle), embriones de las futuras colonias. **[-103→104-]**

La llegada de los griegos a las costas tyrrheaias y sicilianas y las consiguientes fundaciones en ellas efectuadas trajeron consigo, y como consecuencia inmediata, el tráfico con los pueblos indígenas que habitaban en sus orillas. Fue entonces cuando a las vagas noticias geográficas que acerca de las tierras y mares occidentales tuviesen los griegos —en particular por conductos fenicios— se unieron informaciones más precisas y concretas recibidas esta vez de los propios moradores de las tierras que acababan de visitar y colonizar. Una de las características más notables de la pasada Edad del Bronce, por lo que al intercambio recíproco de los pueblos ribereños del Mediterráneo occidental se refiere, constituyóla el mutuo y perfecto conocimiento que entre ellos existía de tiempo atrás. Italia, Sicilia, Baleares, Cerdeña, Córcega y las costas de la Península y el norte de África no se ignoraban entre sí. Los hallazgos oriundos de unos círculos culturales dentro de otros, las líneas generales del desarrollo de estos círculos, o facies, tan íntimamente relacionados unos con otros, son las mejores pruebas de este intercambio de signo esencialmente marítimo que unían unas islas con otras y éstas con las costas continentales de sus márgenes. Esto, que es evidente para la Edad del Bronce, acentuóse en los comienzos del Hierro, máxime cuanto que ya desde sus comienzos un pueblo de navegantes y mercaderes, el fenicio, servía de vehículo entre las distintas costas del mar Sardo. Sicilia, Córcega, Tartessós, Italia, sin duda también la Provenza, eran frecuentemente visitadas por ellos, antes que los griegos llegasen a sus playas. Informados los helenos por los indígenas conocieron pronto los secretos de aquel amplio seno marítimo a cuyas puertas se hallaban ya



instalados. Con los informes recogidos no cabe dudar que ya en la segunda mitad del siglo VIII, o todo lo más tarde en sus postrimerías, los griegos pudieron navegar por todo el Mar de Occidente, yendo de isla en isla y de estas a las más lejanas costas por donde se ponía el sol y donde, como sin duda sabían también, iban a recoger riquezas minerales los traficantes y marinos fenicios de mucho tiempo atrás.

Pasado el estrecho angosto flanqueado por las dos colonias chalkídias de Zankle y Rhegion, el nuevo mar abría para los griegos como un campo dilatado propicio a sus aventuras y negocios. Ya en aquella época eran conocidos los grandes navios de cincuenta remos, los [-104→105-] pentekóntoros, citados en la *Ilíada* (*Il.*, 719; XVI, 170) y la *Odyssea* (VIII, 35), de sólida construcción, gran autonomía y bien dispuestos para las navegaciones largas y de altura (figs. 4 y 5). La aparición de aquellas potentes naves debió causar entonces una verdadera revolución en las cosas del mar, algo semejante a la que causaron en el siglo XV las carabelas. En este aspecto, como en tantos otros, el paralelismo de estas dos grandes etapas de descubrimientos geográficos es verdaderamente notable. El espíritu inquieto de los primeros navegantes helenos hubo de impulsarles de modo irresistible a explorar aquellas soleadas costas, idénticas en clima, frutos y aspecto a las suyas propias. Deseosos de adelantarse unos a otros en una no siempre noble competencia, sin miedo a lo desconocido, llevando como norte el afán del lucro, las fáciles ganancias o la arriesgada rapiña comenzaron a navegar por el mar Tyrrhenio, el mar Sardo, el mar Balear, el mar Tartessio, viendo gentes nuevas bien dispuestas al ventajoso intercambio, descubriendo caudalosos ríos, índices de tierras profundas y dilatadas, hallando grandes islas habitadas por pueblos bárbaros fáciles de dominar y explotar o frecuentadas rutas comerciales de seguras y ricas presas.

#### REFLEJO DE LOS PRIMEROS VIAJES POR OCCIDENTE EN LOS POEMAS MÍTICOS ANTERIORES AL AÑO 600. LA ODYSSEA, HESÍODOS, LAS KYPRIAS, STESÍCHOROS.

Los poemas contemporáneos, en especial la *Odyssea*, reflejan en parte este nuevo mundo abierto ante los ojos de los griegos y aquel espíritu audaz y de aventura que les llevó a explorarlo y recorrerlo en todos sentidos. Sobre ello se ha escrito mucho y se han dado multitud de interpretaciones más o menos probables. Pero como en realidad nada concreto a nuestro fin puede descubrirse en esos poemas, salvo la evidencia de su fondo histórico referible a las navegaciones por el mar de Occidente (*Odyssea*, IV, 567; XI, 155; XII, 1), damos de lado este aspecto literario para buscar en otras leyendas, de fondo más concreto, aquellos testimonios que aclaren en lo posible este oscuro período en que los helenos comenzaron a navegar por nuestros mares (1) <sup>12</sup>. [-105→106-]

<sup>12</sup> Muchos han sido los ensayos hechos sobre la posible ubicación de ciertos países o personajes de la *Odyssea*. Para Bérard (*Les Phéniciens et l'Odyssee*, I, 1902; II, 1903), Kirke habitaría en la costa italiana; los Laistrygonas, al N. de Cerdeña; Kalypsó, en el estrecho de Gibraltar. Pero éstas, como otras identificaciones por el estilo, son siempre arbitrarias y muy problemáticas. Ya en la Antigüedad, durante la época helenístico-romana, se interpretaron en este sentido muchos pasajes de Homeros. Strabon (I, 1, 4 y 5) coloca en Iberia los campos Elyseos y las islas Afortunadas citados por el poeta. Más adelante (III, 2, 12) vuelve a insistir sobre el conocimiento que tuvo Homeros de Tartessos y admite el viaje de Odysseús hasta Lisboa (III, 2, 13 y sigs.). Las afirmaciones de Poseidonios, Artemíodoros y Asklepiades de Myrlea, recogidas crédulamente por Strabon, y las de los latinos como Silio Itálico, Justino y Plinio, que nos hablan de una remota colonización griega en Galicia, a raíz de las guerras troyanas, de ciertas costumbres griegas entre los moradores del interior de la Península, de un culto de Odysseús en la Sierra Nevada, etc., etc., son deducciones arbitrarias sacadas, sin otros fundamentos, de la similitud de ciertos topónimos indígenas con otros griegos o de ciertas costumbres locales semejantes a otras griegas. Sobre estas interpretaciones, a las que tan dados eran ciertos escritores helenístico-romanos, se ha escrito y fantaseado mucho hasta nuestros

Es en Hesíodos (hacia el 700) donde hallaremos datos más precisos demostrativos de una mayor claridad en el concepto geográfico de los confines occidentales del mundo antiguo. Su alusión a Italia y Sicilia, donde coloca las aventuras de Odysseús (1) <sup>13</sup>, es el resultado de las navegaciones primeras de los chalkidios (Kyme, Naxos, etc., datables por lo menos en el siglo VIII). La cita de los tyrrhenios y latinos (*Teogonia*, 1.013) no es, como Schulten supone (2) <sup>14</sup>, reflejo de las navegaciones phókaias, sino de las chalkídias y rhodias. Del Estrecho tiene una noción que, aunque vaga, se halla explícita en sus localizaciones de los mitos de Heraklés y Perseas, de las Gorgonas y de las Hespérides de voz sonora, de Atlas y Erytheia. Las Hespérides y las Gorgonas sitúalas "más allá del ilustre Océano" (πέρην κλυτοῦ Ωκεανοῖο, *Theog.*, 215 y 274). El fuerte Heraklés dio muerte a Orthos y al boyero Eurytion en un sombrío establo de Erytheia, isla sita "en medio de las olas", "cuando el héroe atravesó el Océano" (*Theog.*, 287 y sigs.). Atlas sostiene el cielo "en los confines de la Tierra" (*Theog.*, 518).

En las *Kyprias* (siglo VII) y en Stesíchoros (hacia el 600) hay nuevas referencias de los lejanos parajes de Occidente en relación, [-106→107-] también, con el mito herakleida (véase más adelante, pág. 115). Después las referencias van adquiriendo un aspecto cada vez más histórico. El viaje de Kólaíos, hacia el 630, es ya una narración de tipo puramente histórico.

TRADICIONES GRIEGAS SEMÍTICAS E HISTÓRICAS REFERIBLES A SUS PRIMERAS  
NAVEGACIONES POR LOS MARES DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: LAS BALEARES Y TARTESSÓS.  
TLEPÓLEMOS, LOS RHODIOS. RHODE Y RHODA.

Una vieja tradición cuidadosamente transmitida de unos a otros y recogida por ciertos historiógrafos muy posteriores, decía que πρό τῆς Ὀλυμπικῆς θέσεως, antes del cómputo por olympiadas (la primera se fecha en el 776), en la época de su thalassokratía, navegantes rhodios se habían aventurado por los mares lejanos de Occidente, llegando hasta España (μέχρι Ἰβερίας ἐπλευσαν) y fundando en ella a Rhode (τὴν Ῥόδον ἐκτισαν). Remontándose en sus recuerdos aún más referían que ciertos dorios de Rhodos, tras las guerras troyanas, llegaron a instalarse en las islas Gymnesíai, es decir, las Baleares (τινὲς δέ... τὰς Γυμνησίας νήσους ὑπ' αὐτῶν κτισθῆναι λέγουσιν). Estas interesantes tradiciones han llegado a nosotros gracias a Strabon (1) <sup>15</sup>, quien además, en el mismo párrafo, nos habla de las otras fundaciones rhodias contemporáneas en la Opiké (Parthenope) y en la Daunía (Elpías).

En el poema de Lykóphron (escrito hacia el año 270 a. J. C.) "*Alexandra*" (versos 633 y sigs.) se alude poéticamente a este último episodio. En este poema la adivina Kasandra (Alexandra), hija de Príamos de Troya, prevee la caída de la ciudad y la suerte que han de correr los héroes, tanto troyanos como achaios. Con este motivo el autor, recogiendo viejas tradiciones de núcleo histórico tomadas, al parecer, de Tímalos y Lykos de Rhegion, hace hablar a la adivina, que predice la fundación de algunas ciudades de Occidente. Según profetiza

---

días, en los que un sano criterio las ha descartado definitivamente. Ya nuestro sabio arqueólogo Rodríguez de Berlanga recogió y crítico acertadamente todos estos textos arbitrarios (*Los bronces de Lascuta, de Bonanza y de Aljustrel*, Málaga, 1881, págs. 18 y sigs. y 312 y sigs.). El mismo valor concedióles el gran investigador portugués Martins Sarmiento (*Os gregos no noroeste da Iberia*, 1876, vuelto a publicar en *Dispersos*, Coimbra, 1933). Por el contrario, García de la Riega defendió tenazmente la posibilidad de tales tradiciones (*Galicia Antigua*, 1904).

<sup>13</sup> Frag. 65-68 de Rzach.

<sup>14</sup> *Tartessos*, pág. 72, ed. esp.

<sup>15</sup> XIV, 2, 10; aunque en III, 4, 8, dice ... ἡ Ῥόδη πολίχνην Ἐμποριῶν, τινες δὲ κτίσμα Ῥοδίων φασί.

Kasandra, parte de los griegos arribarán en sus naves a las *χοιράδας Γυμνησίας* (las "rocas" *Gymnesías*), donde vivirán miserable vida, desnudos, [-107→108-] armados con hondas y no comiendo el pan si antes no han logrado derribar con ellas el pedazo colocado lejos, sobre un palo (1) <sup>16</sup>. A renglón seguido (versos 642-3) el autor alude a la prolongación de estos viajes hasta cerca de las puertas de Tartessos. (*ἀγχι Ταρτησοῦ πύλης*).

Otra versión del mismo tema hállase en el epítome de Apollódoros (siglo I a. J. C), donde se dice (2) <sup>17</sup> que las gentes del héroe rhodio Tlepólemos —un Herakleida—, tras el saqueo de Ilion, arribaron a Creta, desde donde, apartados por los vientos, llegaron a las islas ibéricas y allí se establecieron (*ὕπ' ἀνέμων ἐξωσθέντες περί τὰς Ἰβηρικὰς νήσους ὑτί (ψκησαν)*) (3) <sup>18</sup>.

Formas legendarias semejantes y que enmascaran hechos históricos hay también para las islas de Córcega y Cerdeña, en las que los "nóstoi", o regreso de los héroes troyanos a sus hogares, juegan un papel muy parecido. La Eneida es una forma tardía de esta misma serie de tradiciones.

En estas narraciones de tipo legendario y oriundas probablemente de Rhodos encontramos, sin duda, ante un reflejo de navegaciones muy remotas por nuestros mares. En "ellas parece posible rastrear dos estadios distintos en su proceso de leyendización; uno, el más histórico, en el que estas navegaciones, perdido ya el recuerdo de su fecha, se colocan vagamente en tiempos anteriores a las olimpiadas (antes, por tanto; del 775); otra, más deformada e influida por las narraciones novelescas de los "nóstoi" (último grupo del ciclo troyano, muy afín al carácter aventurero de aquellas prodigiosas e históricas navegaciones) relaciona a éstas con el héroe rhodio Tlepólemos o, sin dar nombre alguno, con los acontecimientos inmediatamente posteriores a la caída de Troya.

Los escritores antiguos aún nos han dado más detalles sobre esta participación rhodia en las primeras empresas del Mediterráneo [-108→109-] Occidental. Plinio transmítenos otra noticia según la cual a orillas del Ródano tuvieron aquéllos una ciudad de nombre Rhoda, de la que el naturalista no dice más sino que ya había desaparecido ("at que ubi Rhoda Rhodiorum fuit", Plin., *Nat. Hist.*, III, 33). Algo más al oeste, la colonia griega de Rhode, sita ya en nuestras costas peninsulares, era reputada como colonia rhodia también (Strabon, III, 4, 8, y XIV, 2, 10). Sobre la fecha de su fundación hay esta interesante noticia que, recogida de Tímaios o Éphoros (siglo IV), transmitió, el Pseudo-Skymnos: *ταύτην ('Ρόδη) δέ πρίν ναων κρατουντες ἔκτιαν 'Ρόδιοι...* (Ps.-Skym., 205-6). De ello parece deducirse que fue fundada en tiempos de la *thalassokratía* rhodia, es decir, en el siglo IX, siendo, por tanto, anterior al cómputo por olimpiadas y coincidiendo en ello con la referencia cronológica del otro texto ya transcrito en líneas anteriores (Strabon, XIV, II, 10). Como se ve todas estas referencias aluden a hechos muy viejos cuya, cronología va desde el siglo XII a IX a. J. C. Más adelante volveremos sobre ellos y sobre sus posibles y más verosímiles reducciones cronológicas (ver pág. 113).

#### LOS PRIMEROS TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS GRIEGOS EN OCCIDENTE EXTREMO.

Tomados en consideración los testimonios literarios ya citados en el párrafo anterior, indaguemos lo que haya de cierto en ellos, utilizando como base de partida el testimonio

<sup>16</sup> Lykóphron recoge aquí la noticia —presente en varios textos— de que los baleares, para adiestrarse desde niños en el manejo de la honda, usaban de este curioso ardid. Véase, p. ej., Diódoros, V, 18. El scholiasta de Lykóphron aclara este pasaje añadiendo la noticia de que Tímaios afirma haber llegado a las *Gymnesíai* algunos boiótios y que el historiador sikeliota llama en una ocasión a estas islas *Choirades*, es decir, un nombre que en Lykóphron se presenta como epíteto.

<sup>17</sup> *Myth. Graeci*, I, 6, 15 b.

<sup>18</sup> El mismo contenido en Tzetz, *Lyk.* 911.

arqueológico. Por el momento éste no traspasa los linderos cronológicos del siglo VIII. De las costas de Provenza proceden los siguientes claros indicios de un comercio con griegos datable ya en la centuria citada: un oinochoe geométrico (fig. 6), probablemente kykládico, de la primera mitad del siglo VIII y procedente del Bassin du Carénage (no se confunda con el ya citado de la Edad del Bronce); un amphoriskos geométrico, quizás ático, y de la misma fecha, hallado en las cercanías de Marsella (fig. 7); una hydria pequeña, también geométrica (fig. 8), y un lékythos proto-korinthio (fig. 9), ambos hallados en la localidad de la antigua Olbia y conservados en el Museo de Hyères; unas fibulas de bronce halladas [-109→110-] en Gard, de tipo helládico e importadas en el siglo VIII (fig. 11). Y, finalmente, como dudosa, una taza procedente de l'etang de Berre (figura 10), semejante en forma a otras halladas bajo el Heraion de Samos en un nivel correspondiente al siglo VIII (1) <sup>19</sup>. Que sepamos, no existen pruebas arqueológicas de estas fechas en las Baleares y costas firmes de la Península Ibérica. Pero por ahora sirven de testimonio, indirectos, más fehacientes, los hallazgos citados de la región de Marsella (2) <sup>20</sup>.

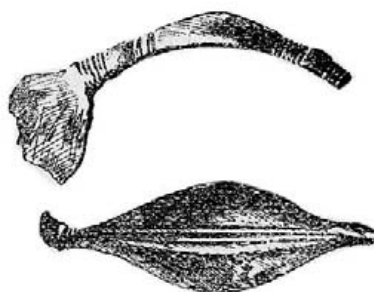


Fig. 11.- Fibulas griegas arcaicas halladas en Gard. (Mus. de la Soc. Arq. de Montpellier.)

Es, por tanto, de una claridad irrefutable la existencia de un tráfico comercial griego con las tierras del lejano Occidente, por lo menos desde la primera mitad del siglo VIII, es decir, antes que la fecha más baja aceptada, aunque provisionalmente, para la fundación de Kyme, la primera colonia griega de nuestra cuenca mediterránea. Es de sumo interés que quede bien sentado este hecho para discutir la posibilidad de aquellos viajes rhodios a las Baleares y Tartessos y de aquellas fundaciones de Rhode y Rhoda, de todo lo cual, como ya se ha visto, hablan ciertas tradiciones más o menos deformadas y corrompidas por las leyendas.

#### EL PROBLEMA DE LA COLONIZACIÓN RHODIA EN OCCIDENTE EXTREMO.

Aquellas tradiciones en las que con tanta insistencia se habla de los rhodios, ya en las Baleares, ya en Tartessos, ya en las costas [-110→111-] provenzales y catalanas, plantean la cuestión de si, en efecto, hubo o no una participación rhodia en las primeras etapas de las exploraciones griegas de nuestras costas. Para hallar una vía de solución comencemos por destacar un hecho indiscutible que hemos procurado, a este fin, poner bien de relieve en las líneas anteriores: el de la presencia material de objetos griegos datables desde comien-

<sup>19</sup> Vide Jacobsthal y Neuffer en su ya citado trabajo, *Gallia Graeca*, págs. 40 y sigs., con la bibliografía anterior.

<sup>20</sup> La opinión manifestada a comienzos de siglo por Jullian (*Hist. de la Gaule*, I, página 195) de que los objetos más antiguos conocidos entonces fuesen importaciones de etruscos, fenicios e incluso de piratas ligures, no es viable hoy.

zos del siglo VIII en las costas más alejadas del Occidente. Como tal fecha precede por lo menos en más de un siglo a la que generalmente suele tomarse como inicial de las navegaciones phókaias en los mismos alejados parajes (para algunos éstas son todavía bastante más modernas), es indudable que aquellas importaciones han de haber sido obra de otras gentes distintas y antecesoras de los phókaios, lo que equivale a decir que antes de éstos hubo, sin duda, otros contactos datables, por lo menos, desde comienzos del siglo VIII, como los mencionados testimonios arqueológicos nos fuerzan a deducir.

Ahora bien; los navegantes griegos que llevaron esos tempranos productos, ¿quiénes eran? Si nos atenemos a los textos llegados a nosotros, nada más que una respuesta cabe: los rhodios, ya que son los únicos recordados en estos parajes y en fechas desde luego muy anteriores al siglo VII. Pero también hemos de pensar en los chalkidios y aun en los cretenses. Los primeros porque, aunque no sean citados expresamente por los textos literarios en estas nuestras tierras occidentales extremas, sabemos, sí, que fueron en realidad los primeros en fundar colonias en sus más próximas orillas (mar Tyrrhenio) y, ciertamente, la primera, Kyme, en tiempos muy remotos (siglo IX-VIII) y en lugar tan avanzado que no se explica sino como resultado de un primitivo comercio con Cerdeña, Etruria y Liguria y no sabemos hasta qué punto también con Baleares y la Península. Los cretenses, porque hicieron acto de presencia en el Occidente junto a los rhodios (fundación de Gela, Akragas) y en tiempos anteriores al comienzo de las navegaciones phókaias.

Aunque para este primer período de la colonización griega en esta zona del Occidente nos falten por el momento testimonios específicamente rhodios (los hay de otras procedencias, como hemos visto) que expliquen a satisfacción los textos mencionados, para los inmediatos subsiguientes, no. Son varios y claros los objetos que, oriundos de [-111→112-] talleres industriales rhodios, aparecen en Occidente desde el siglo VII, aún a pesar de que eran ya los phókaios los que en estas centurias comenzaban a hacerse dueños de los apartados emporios comerciales de Poniente. Mas como estos comprobantes arqueológicos no pertenecen, en rigor, a la época que ahora nos ocupa, únicamente nos limitamos aquí a recordarlos anticipando su presencia. Bástenos por el momento saber que estos hallazgos no son raros y que, unas veces de fecha arcaica y otras de tiempos clásicos, han aparecido desde el sur de España hasta el mediodía de las Galias. Prueba de la supervivencia de un viejo tráfico comercial cuyo origen debe buscarse en los años y decenios oscuros en que los rhodios y chalkidios comenzaron a abrir las rutas del lejano Occidente (1) <sup>21</sup>. [-112→113-]

<sup>21</sup> El problema de la participación rhodia en las primeras colonizaciones del área occidental del Mediterráneo es viejo, pues los textos, aunque acogidos en muchos casos con cierto recelo y desconfianza, eran, naturalmente, conocidos. Ya nuestro Masdeu era partidario de ella, aún en contra de los Mohedano que le negaban por falta de pruebas arqueológicas (Masdeu, *Hist. Crítica de Esp.*, III, 78, edic. Sancha, 1784). En fechas más próximas, Meltzer (*Geschichte der Karthager*, I, págs. 149 y sigs., y 479), Hübner (*La Arqueología de España*, pág. 194), Vives (Mem. Numism. esp., 2.<sup>a</sup> época, núm. 1, págs. 1 y sigs.), E. Maass (Oesterh. Jahresh., IX, pág. 139), Mérida (*Cronol. de las Antigüed. ibér. ante-romanas*, págs. 11 y 44), Friedländer (*Herakles*, pág. 23), Jacobsthal y Neuffer (*loc. cit.*), Berthelot (*Ora Maritima*, pág. 136), últimamente Schulten (*Die Griechen in Spanien*, Rhein. Mus. für Philol. 1936, pág. 289) y muchos otros, aceptaban o aceptan la posibilidad de tales relaciones interpretando los referidos documentos literarios en un sentido positivo. A su lado, empero, otros investigadores no se atrevían a admitir sin más pruebas esta participación rhodia tan temprana. Consideraban excesivamente alta la fecha deducible de los textos para el comienzo de las exploraciones griegas en los mares de Occidente. Así, entre nosotros los citados Mohedano (*Hist. Literaria de Esp.* II, pág. 115) en el siglo XVIII y entre los modernos Hiller von Gaertringen (R. E. Pauly-Wissowa, art. "Rhodos", col. 755), Wackernagel (idem, art. "Massalia", col. 2.130), Jullian (*Hist. de la Gaule*, I, pág. 186) y algunos otros eran opuestos a su aceptación. Entre los investigadores de temas españoles relacionados con la colonización griega de nuestra Península, Schulten fue partidario en un principio de la misma tendencia negativa (R. E. Pauly-Wissowa, art. "Póδη") y tras él Bosch (*Prehist. Catal.*, pág. 194, y omisión constante del problema en sus distintos trabajos) y quizás algunos otros.

Sólo gracias a las tradiciones locales rhodias (las chalkidias no han tenido la misma suerte) que conservaron vivas durante mucho tiempo sus pasadas proezas marineras y tuvieron la fortuna de ser recogidas por historiógrafos posteriores, y a la labor meritoria de las investigaciones arqueológicas, que han descubierto las pruebas materiales de su posibilidad histórica, esta primera etapa de la colonización griega en Occidente comienza a verse hoy con una claridad luminosa y a constituir, quizás, el capítulo más nuevo y atrayente de la historia de las relaciones griegas con las tierras y por los mares del lejano Poniente.

Una vez más la leyenda se ve confirmada por la arqueología y, a su contacto, el mito se convierte en realidad. Sin embargo, parece ser que las fechas dadas por los textos han de someterse a una prudente reducción. Se ha visto que, según cierta versión, ya corrompida por la leyenda, los rhodios tocaron en las Baleares hacia el siglo XII (Troya, Tlepólemos, los "nóstoi") y que, según otra ya más aceptable, la fundación de Rhode en el Pirineo, tuvo lugar durante la "thalassokratía" doria (calculable, según la famosa lista de Diódoros — VII, 13—, entre el 900 y el 876), siendo la más verosímil aquella de Strábon (XIV, 2, 10) en la que estos hechos son fijados, prudentemente, poco antes de las olimpiadas (779), es decir, en números redondos, hacia el 800. Pues bien, creemos, según esta graduación, que debe descartarse como inaceptable desde luego la primera, siendo dudosa la segunda y plenamente posible la tercera. En resumen, tenemos como muy verosímil la presencia de los primeros rhodios en Occidente ya a mediados del siglo IX (thalassokratía), pero es de suponer que su actividad no se hiciese sentir hasta el siglo VIII. Pudo ser entonces cuando se fundasen en el Ródano aquella colonia de Rhoda de que nos hablan Plinio [-113→114-] (*H. N.* III, 33), y en las estribaciones de los Pirineos la de Rhode, cuya fundación, según ciertos textos ya analizados (Str., XIV, 2, 10; Ps. Skym., 205-6), tuvo lugar cuando los rhodios eran potentes en el mar (siglo IX). Desde luego aquellos objetos griegos de la primera mitad del siglo VIII que han sido señalados en Provenza confirman plenamente la posibilidad histórica de la fecha transmitida por Strábon y el Pseudo-Skymnos.

#### EL CICLO LEGENDARIO DE HERAKLÉS Y SU PROPAGACIÓN EN OCCIDENTE.

Un aspecto susceptible de ser interpretado en favor de la aportación dórica al descubrimiento del Occidente es el de la temprana localización de cierto número de episodios del ciclo legendario herakleida, dórico por tanto, en la Península y regiones vecinas. Es sabido que la leyenda, al menos desde Hesíodos (hacia el 700), quien, como vimos, ya poseía informes ciertos sobre el Océano exterior occidental, coloca la victoria del "fornido

---

Mas, hoy día, ante la evidencia de los hallazgos, no cabe ya mantener el mismo criterio escéptico o negativo. El mayor obstáculo que a los dos últimos investigadores ha impedido ver el problema en sus aspectos positivos, ha sido, a nuestro juicio, el tomar demasiado al pie de la letra el texto de Heródotos que nos dice que fueron los *phókaios* los primeros que navegaron nuestros mares (Heród., I, 163). Texto que, aunque no existiesen los referentes a los rhodios, sería igualmente, falso, pues sabemos por otros y varios conductos que mucho antes que los *phókaios*, navegaban ya por los mares de Poniente hombres de Chalkís y Eretria. Como testimonio de ello siempre se ha tenido el argumento de la fundación de Kyme, que por su fecha y situación es, sin duda alguna, la primera colonia griega de Occidente, muy anterior, como se ha visto —aún aceptando para su fundación la fecha más baja—, al comienzo de la actividad colonizadora de los *phókaios* en los mismos mares. De tal modo que considerada por aquellos investigadores la colonización *phókaiá* como la primera y no dándose ésta antes del siglo VII, todas las referencias de hechos anteriores hubieron de tenerse como fantásticas, aun en los casos (como sucede precisamente con algunos referidos de los rhodios) en que aquéllas conservaban un claro y evidente sabor de autenticidad, ya que aún no se habían dejado contaminar por las leyendas epopéyicas del ciclo troyano. No se vio que los *phókaios*, en realidad, fueron los últimos en llegar y que su fecunda labor desarrollada a continuación borró, durante los dos siglos de sus actividades, toda o casi toda huella —que probablemente no fue tampoco muy intensa— de la presencia anterior de chalkidias y rhodios.

Heraklés" sobre el "tricípite Geryon" en las tierras del lejano Occidente (1) <sup>22</sup>. En ellas sitúa también a Atlas (2) <sup>23</sup> y la mansión de la "terrible Styx" (3) <sup>24</sup>. Poco más tarde, en Stesichoros (hacia el 600) la leyenda halla una localización más precisa; Strabon (III, 2, 11) nos ha conservado un fragmento de su poema Γηρουνός en el que cantaba el viaje de Heraklés a Occidente. El fragmento dice que en Tartessos, de cuyo río nos da las primeras noticias, fue engendrado el "pastor de bueyes" Geryon. Stesichoros vivió y compuso sus poemas en Sicilia, en la colonia dórica de Himera, donde sin duda llegaban con frecuencia noticias del sur de España por medio de los viajeros rhodios, peloponnesios o kretenses y quizás también de los primeros navegantes phókaios. En las *Kyprias* (siglo VII), en los fragmentos conservados, se hace alusión a lo mismo. De un siglo más tarde, próximamente, fragmentos de Peísandros de Kameiros, dorio de Rhodos, de Panyasis de Halikarnassós, también dorio, y de Pherekydes de Athenas, sobre todo de este último, nos hablan igualmente [-114→115-] de Heraklés en su relación con el Occidente y Tartessos (1) <sup>25</sup>. Ni que decir tiene que esta elaboración mitológica, que iba tomando cuerpo desde el siglo VIII-VII conforme se abría el Occidente a los griegos, daba libre entrada a la fantasía. Por eso no es de extrañar que el logógrafo Hekataios de Miletos, hombre de ciencia y geógrafo escrupuloso, protestase ya de estas localizaciones arbitrarias y abusivas de Heraklés en Tartessos e intentase reducir el mito a su prístino ambiente geográfico (2) <sup>26</sup>.

Se ha solido explicar esta presencia de Heraklés en Occidente como debida a influjos fenicios, ya que éstos trasladaron el culto de Melkart a las costas del mediodía de la Península. Pero sin negar tal influencia, no cabe duda que en esta temprana localización del mito herakleida hubo una colaboración eminentemente griega debida a la presencia de gentes dorias (rhodios, peloponnesios, kretenses) en los primeros viajes y exploraciones.

#### LA TOPONIMIA GRIEGA HERAKLEIDA EN OCCIDENTE. LA "VIA HERÁKLEIA". PRUEBAS FILOLÓGICAS.

El nombre de Ἡρακλέους Στηλαι que desde los más remotos tiempos designaba entre los griegos al estrecho de Gibraltar, el de Ἡρακλεια que llevó en tiempos muy antiguos una ciudad de las proximidades de Algeciras (Timosthenes, en Strabon, III, 1, 7), el de Ἡρακλέους νήσος que perteneció, al parecer, a la isla arenosa de Saltes, frente a Huelva (Strabon, III, 5, 5), y el de otra Ἡρακλέους νήσος que el mismo Strabon recuerda para la de Scombraria, actual Escombrera, frente a Cartagena (Stra., III, 4, 6), son quizás restos toponímicos muy viejos de la antigua participación de gentes dorias (rhodias, kretenses o peloponnesias) en la apertura de los ricos mercados del lejano Occidente.

Además la frecuente presencia de Heraklés en los orígenes legendarios de algunas ciudades de Occidente (Sagunto, Nîmes, Mónaco, Niza y la antigua Herákleia Caccabaras, y alguna más), aunque parece reciente, son recuerdos quizás de una antigua vía comercial doria [-115→116-] de la que ya hemos visto hay posibilidades arqueológicas (1) <sup>27</sup>. El Ps. Aristóteles (π. θαυμ. à. 85) habla de una "Via Herákleia" que de Italia llevaba al país de los celtas, de los celtoligures y de los iberos (Ὁδός Ἡράκλεια εἰς τῆς Κελτικῆς καὶ

<sup>22</sup> *Theogonía*, 287 y sigs.

<sup>23</sup> *Theog.*, 517.

<sup>24</sup> *Theog.*, 776.

<sup>25</sup> Véanse todos los textos citados en Schulten, *Fontes H. A.*, I-II.

<sup>26</sup> Apud Arrianós, *Anabasis*, II, 16, 5.

<sup>27</sup> Sobre la posterior propagación del mito de Heraklés por Occidente, debida sobre todo a los mitógrafos helenísticos y romanos, consúltese, además de Schulten, *Fontes*, I y II, el artículo de P. W. Gruppe "Heraklés", en la R. E. de Pauly-Wissowa-Kroll, Supp. III, 997 y sigs.

Κελτολιγύως καὶ Ἰβήρων), dando a entender la existencia de una ruta comercial costera que por la Provenza llevaba a España y que es posible se refiera a la de los Primeros navegantes dorios de que ya hemos hablado (véase el mapa de la pág. 117). El nombre de "Vía Hercúlea" con que se designaba la vía litoral que en tiempos romanos llevaba hasta Gades, no tiene otro origen.

También al otro lado de las Columnas el mito de Heraklés tuvo, como se sabe, gran importancia; a él se refieren las leyendas de Antaios, Atlas, las Hespérides y el papel jugado en el origen de Tingis (Tánger) y de la dinastía mauritana, a la que perteneció Juba, así como en los orígenes de Lix (2) <sup>28</sup>.

Pruebas de orden filológico se irán aportando en lo sucesivo ante el nuevo aspecto de la cuestión. Por ahora puede aducirse, como caso sin duda algo más que coincidente, el hecho de que la propia Rhodos, metrópoli de aquellas colonias legendarias de Rhode y Rhoda, se llamase primitivamente, según Strabon (XIV, 2, 2), Ophioussa, es decir, lo mismo que en tiempos remotos se llamó a la Península (Avienus, ver. 152) y una de las Baleares (Strabon, III, 5, i); pero además esta particularidad aducida por Schulten: que las Gymnesíai sean en Plinius (*N. H.*, III, 77) Gymnaside, y en Isidorus de Sevilla (*Etimol.* XIV, 6, 44) Gymnasiae, en cuyas granas extraña la *a* dórica doblemente curiosa en esta zona, donde dominaron definitivamente los jonios de Phókaia y Massalía (3) <sup>29</sup>. El mismo caso hallamos en el topónimo mencionado por Avienus (v. 535) de Mons Malodes, que como Schulten vio (4) <sup>30</sup>, corresponde al griego Μαλωδες (de μάλον = μήλος), es decir, con *a* dórica. El Mons Malodes estaba no lejos de la colonia de Rhode, al [-116→117-]



Fig. 12.- Mapa mostrando en esquema la ruta en OUSSA del puente de islas y la vía rhodia con sus fundaciones.

[-117→118-] pie de los Pirineos, colonia que, como ya se ha dicho, era tenida por fundación de los rhodios.

<sup>28</sup> Véase P. W. Gruppe, *Herakles*, en Pauly-Wissowa, Suppl. III, col. 859.

<sup>29</sup> Vide Schulten, *Die Griechen in Spanien*, págs. 322 y 324 de la separata.

<sup>30</sup> *Loc. cit.*, pág. 320.



## RUTAS MARÍTIMAS. LA VÍA INTERINSULAR A TARTESSÓS. TESTIMONIOS CHALKIDIOS.

Por dos vías marítimas podían llegar los griegos a nuestras costas insulares y peninsulares: bien viniendo de las bocas del Ródano a lo largo de la Provenza y Cataluña, o bien, partiendo del sur de Italia o Sicilia, por el puente de islas (Cerdeña, Baleares) hasta el cabo de La Nao y de allí, en ruta costera, a las Columnas Herakleas y Tartessos. No era posible otra vía, pues la del África Menor fue siempre virtualmente impracticable para los griegos, por costear feudos sujetos a Carthago. De la primera tenemos las pruebas arqueológicas ya citadas del sur de Francia, presentes desde comienzos del siglo VIII, más las noticias, también recordadas líneas atrás, de una Rhoda en la desembocadura del Ródano y otra Rhode al pie de los Pirineos, ambas colonias o factorías de los dorios de Rhodos y fundadas, al parecer, en fechas muy remotas, probablemente hacia el siglo VIII. De la ruta interinsular, por el contrario, no hay ni pruebas arqueológicas aducibles por el momento, ni menciones de textos antiguos que nos hablen precisamente de ella (pruebas indirectas son, sin embargo, las menciones escritas de los rhodios en las Baleares). Mas casualmente y gracias a un cierto número de topónimos muy antiguos, en parte datables ya en esta primitiva época, y conservados esporádicamente en distintos autores, se puede reconstruir con tal claridad aquella primera vía interinsular que cabe decir se halla tan bien documentada como la provenzal, a pesar de no haber dado aún pruebas arqueológicas.

La ruta interinsular que, como un puente, lleva en línea recta de la Campania, o Sicilia, donde estaba la más vieja colonia griega de Occidente, al avanzado promontorio del cabo de La Nao, en la costa oriental de la Península Ibérica, fue evidentemente una de las primeras utilizadas por los griegos (chalkidios o rhodios) en sus viajes y prospecciones por los mares del occidente mediterráneo. Era, además de la más cómoda por ser directa, la más fácil por eludir las costas [-118→119-] etruscas y ligúricas y ser el camino natural señalado por las corrientes y vientos. Sin duda los griegos no hicieron con ello sino seguir en sus naves las viejas rutas ya de antiguo surcadas por los indígenas y que ponían en comunicación Italia y Sicilia con Cerdeña, Baleares y la Península Ibérica. Pero hay una serie de datos en la primera toponimia de este derrotero que confirman de modo altamente satisfactorio su pasada existencia. Ya se había notado (1)<sup>31</sup>, tanto en Italia y Sicilia, como en las Baleares y costas meridionales de la Península la insistente presencia de ciertos nombres terminados, al modo de otros jonios de Asia Menor, en *-oussa* (—ουσσα) (2)<sup>32</sup>.

En el Occidente, la ruta marítima del vado de islas está atestiguada por estos otros topónimos emparentados sin duda con los de Asia Menor (véase el mapa de la pág. 117): en las cercanías de Kyme, colonia de los jonios de Chalkis y Eretria, Pithekoussa (isla de Ischia), Seirenoussai (los tres islotes rocosos deshabitados, Li Galli, pegados a la costa septentrional del golfo de Salerno) y Anthemoussa (quizás otro nombre de los mismos). En Sicilia no son tampoco raros; las dos islas más occidentales del Archipiélago Eólico llamáronse Erikoussa (actual Elicudi) y Phoinikoussa (Filicudi) y de las Pelágicas, entre Malta y Túnez, Lampedusa que aún conserva poco alterado su antiguo nombre de Lopadoussa, y Algooussa es la actual Linosa; entre las Egadas, en el extremo occidental de Sicilia, la actual Lavignana llamóse por los antiguos Aigoussa, así como, en general, todo el archipiélago (Aigoussai o Aegates). Además recuérdese que la más importante de las ciudades, de la isla de Sicilia se llamó Syrákoussai.

<sup>31</sup> Debemos a Schulten (*F. H. A.*, I, pág. 89) las primeras indicaciones sobre estas coincidencias toponímicas, que más tarde recogió Carpenter (*The Greeks in Spain*, pág. 12) y nosotros ampliamos aquí reforzando las consecuencias deducibles, aunque, como se verá, en otro sentido histórico y cronológico.

<sup>32</sup> Sirvan de ejemplo para estos últimos, que dan la pauta a los de Occidente, los siguientes, escalonados todos a lo largo de las costas que miran al Egeo: Arginoussai, Oinoussai, Pharmakoussa, Drymoussa, Lagoussai, Teutloussa, Polypodoussa, Kordyloussa, Tichioussa, etc.

Tan numerosos como en Italia y Sicilia son también en España y sus islas mediterráneas estos topónimos antiguos en *oussa*. Partiendo indistintamente de uno o de otro foco colonial griego, el primer escalón o tramo del mencionado puente insular de la vía a Tartessos, era [-119→120-] Cerdeña, que en tiempos remotos, dicen los textos, llevó el nombre de Ichnoussa. De ella el salto a las Baleares está atestiguado por los antiguos nombres conservados de sus islas. Así, los viejos testimonios escritos citan los de Meloussa, Kromyoussa (Hekataios, en Stéphanos Byzant), quizás Mallorca y Menorca respectivamente; Pityoussa, Ibiza (Avienus, 470, Diódoros V, ío), Ophioussa, Formentera (Strabon, III, 5, i); del archipiélago balear pasaba este itinerario en *oussa* a las costas del sur y sudeste de la Península donde se situaban los siguientes nombres: Oinoussa? (hállase en Livio, XXII, 20, 3, en forma de Onusa, pero Polyainós, VIII, 16, 6, llámala 'Οινουσσα), probablemente Cartagena; sigue en el Mediodía andaluz un supuesto "akra Pityousses", que parece coincidir más con el cabo Sacratif que con el Sabinal (Avienus, 435). Pasadas las Columnas Herákleias, menciónase una isla Kotinoussa, quizás Gades (Plinio, *N. H.* IV, 120 y Dion. Perieg. 456), y una bahía Kalathoussa, la de Huelva? (de Éphoros, en Stéphanos Byz.). En pleno Atlántico un "akra Ophiousses" ha de identificarse con el Cabo Roca (Avienus, 172). Finalmente la Península Ibérica parece ser fue llamada también en su totalidad Ophioussa (Avienus, 148). El mismo Tartessos (Tarschisch para los fenicios) muestra una terminación característica de la toponimia del sudoeste del Asia menor, precisamente en la zona continental más próxima a Rhodos (1) <sup>33</sup>. Como aquellos nombres en *oussa* son de origen mikrasiático, se vio en ellos una excelente prueba a lo que los textos decían acerca de la colonización phókaiia en el Occidente. A nuestro juicio, sin embargo, es muy anterior a los phókaios y debe datarse en los tiempos de las primeras navegaciones de los chalkiclios y rhodios (siglos IX-VIII). Hay estas razones: en primer lugar los nombres en *oussa* parten en rigor de la colonia jonio-chalkidia de Kyme, o de las sicilianas, donde hemos visto que abundan, siendo, por tanto, datables en los tiempos de la fundación de las colonias (siglo IX-VIII) y, por ende, muy [-120→121-] anteriores a los phókaios. Además, ni en el sur de Italia, ni en Sicilia, actuaron los phókaios como exploradores ni como fundadores. Phókaiia vino tarde a Occidente para colaborar en la helenización de Italia meridional y Sicilia. Este fue uno de los motivos por lo que emprendió la colonización de las más lejanas costas, aun casi vírgenes, de España y Francia. Sólo tras la derrota de Alalíe (hacia el 535) llegaron algunos prófugos a fundar Hyle, en Lucania. De ser topónimos de origen phókaiio, como se ha pretendido, era lógico esperar las mismas terminaciones en alguno, por lo menos, de los topónimos griegos de las costas provenzales o catalanas, donde, como se sabe, tuvieron los phókaios numerosas colonias; y la verdad es que no existen ejemplos de ello. Históricamente hay, además, este argumento para considerar la sarta de topónimos en *oussa* como anterior a los phókaios: el establecimiento de los cartagineses en Ibiza a mediados del siglo VII (654) amenazó de modo tan audaz esta antigua vía que los nautas griegos hubieron de abandonar la cómoda vía interinsular y buscar otra más segura por el norte, costeano las playas levantinas de la Península para enlazar en el cabo de la Nao con la Vía Tartessia. Este es precisamente el estado de cosas que refleja Periplo, base de la "Ora Marítima", el cual desconoce de modo harto sorprendente la verdadera composición del archipiélago balear y la existencia de una ruta comer-

<sup>33</sup> Tales como los siguientes; Teimissós, Halikarnassós, Karmylessós, Idebessós, Ter-messós, Sagalassós y muchos más. Estos aparecen también en Sicilia (Herbessós, Telmessós), donde los phókaios no intervienen, Su presencia en Kreta, isla dórica, igual que Rhodos, donde se hallan nombres como Poikilassós, Gylisos, Amnisos, Tylissós (vide Schulten, *Tartessos*, pág. 22), condúcenos también a la posible atribución de la forma "Tartessos" a los navegantes dorios de Rhodos y Kreta y no a los phókaios, en cuyo ámbito histórico-geográfico no se encuentran terminaciones tan caracterizadas.

cial a su través. A esto debióse igualmente el esfuerzo de los massaliotas, algo más tarde, por establecerse en las costas catalanas y levantinas (Emporion, quizás Pyrene, Kallipolis y Kypsela, Alonís y hasta probablemente una primitiva Akra Leuké).

#### EL ALFABETO CHALKIDIO.

Prueba y testimonio de la importancia que desde un principio tuvo la participación de los chalkidios en la apertura al comercio y la civilización del Occidente es, sin duda, una serie de fenómenos de tipo cultural que vemos aparecer entre los pueblos indígenas que habitaban a lo largo de la costa mediterránea y cuyos orígenes hay que suponerlos en fechas indudablemente lejanas. ¿En qué momento cabe situar la introducción del torno del alfarero, ya en uso general entre los iberos [-121→122-] hacia el año 500? ¿Cuándo y por quiénes se introdujo el alfabeto? ¿Y la técnica de la fundición en pleno, tan usada por los iberos en la fabricación de los millares de estatuillas votivas de sus santuarios? ¿Y el arte y técnica, tan finos, de su pintura cerámica? El hecho de que los primeros testimonios de estos progresos culturales no puedan retrotraerse por el momento a fechas anteriores, en general, al comienzo del siglo V excluye aquí su estudio. Pero del alfabeto cabe hacer una excepción. Sus formas y signos han conservado rasgos tan arcaicos que una comparación con el alfabeto primitivo de los chalkidios, que fue el primero y más importante de los alfabetos griegos llegados al Occidente, permite afirmar que gran parte de los signos de los alfabetos ibéricos son, sin duda, de origen directo chalkidio, aunque otros pudieron ser tomados del fenicio o ser modificados por su influencia. El fenómeno es claro por lo que toca a otro pueblo del Mediterráneo, el etrusco, que, como el ibero, tuvo sus primeros contactos con los griegos por medio de gentes chalkidias. El alfabeto etrusco procede del chalkidio de Kyme, la colonia griega más cercana. Hübner, en 1888 (1) <sup>34</sup>, admitía ya para el ibérico la posibilidad del origen chalkidio, pero, desconocedor aún de la verdadera importancia que la colonización griega tuvo en España y en todo tiempo, e impresionado en demasía por los libros de Movers y de Meltzer, se decide más por el origen fenicio. En sus *Monumenta Linguae Ibericae* (2) <sup>35</sup> ratifica su decisión por tal procedencia. No obstante, cuyas son estas frases: "Los alfabetos griegos que con este ibérico (se refiere al más antiguo) pueden compararse, son los de las colonias calcídicas de Italia y de Sicilia, Kyme, Neapolis, Rhégion, Zankle, Naxos, Himera, cuyos signos respectivos tienen relativamente la más grande semejanza con el ibérico. Si, pues, la escritura ibérica es hija de la griega, no es fácil que haya nacido de otros abecedarios que de los que se dejan indicados." (3) <sup>36</sup>. Origen jónico halla Gómez-Moreno para el alfabeto del plomo de Alcoy, que aunque el autor lo tiene como phókaio creemos nosotros es de origen chalkidio (4) <sup>37</sup>. [-122→123-]

#### EL MOTIVO DE LOS VIAJES GRIEGOS A LA PENÍNSULA. LA RIQUEZA EN METALES: ORO, PLATA, COBRE, ESTAÑO. MEIDÓKRITOS.

Que la pronta llegada a la Península de fenicios y griegos fue motivada por la enorme riqueza en metales de ella (riqueza ya explotada en parte en el Eneolítico y conocida en

<sup>34</sup> *La Arqueología de España*, págs. 64 y sigs.

<sup>35</sup> Berlín, 1893, pág. XXXI, cap. III.

<sup>36</sup> *La Arqueología de España*, pág. 65.

<sup>37</sup> Gómez-Moreno, *El plomo de Alcoy*, Rev. de Fil. Española, 1922, t. IX, págs. 352-360. Un cuadro comparativo de los alfabetos fenicio, griego, chalkidio y jónico y el ibérico puede verse en Hübner, *La Arqu. de Esp.*, pág. 67. Las analogías halladas por Schulten entre el alfabeto ibérico de Algarve y el etrusco (*Die Tyrsener in Spanien*. Forsch. u. Fortsch., núm. 21, 1940) proceden sin duda del origen común de ambas escrituras.

todo el Mediterráneo durante la Edad del Bronce) es cosa que se explica por sí misma, pero que además dicen explícitamente, o dejan entrever con claridad, los mismos textos llegados a nosotros. Estos, para la época anterior al siglo IV-III son escasísimos, sin duda por haberse perdido. Pero los pocos salvados, que serán enumerados líneas adelante, son, sin embargo, muy expresivos, sobre todo si en su valorización utilizamos los testimonios helenísticos y romanos que, por lo general, dan informes excelentes. Puede decirse que la fama de la Península en la antigüedad radicaba más que en otra cosa en su fabulosa riqueza mineral. Las "laudes Hispaniae" contenidas en los escritores helenístico-romanos insisten singularmente en ella. Theóphrastos, Polybios, Artemídeos, Poseidonios, Strabon, Diódoros, Livio, Trogo, Marcial, Plinio, etc., etc., por no citar más que los más importantes, dejaron frecuentes testimonios de la riqueza y desarrollo de la minería en España durante la época republicana e imperial. Poseidonios, en imágenes brillantes, dedicó gran espacio a alabar la riqueza minera de España. "No es sólo rica —decía— esta tierra por lo que enseña, sino que lo es más por lo que oculta. En verdad para los iberos no es Ades quien reina bajo la tierra, sino Plutos." (Strabon, III, 2, 9.) "Toda España está llena de metales", dice Strabon, y añade (Strab., III, 2, 8), siguiendo sin duda a Poseidonios: "Hasta ahora en ningún sitio se ha hallado el oro, la plata, el cobre y el hierro, en tanta abundancia y pureza." De Plinio puede decirse que no estudia mineral alguno del que no se vea precisado a citar una o varias localidades de nuestra Península, ya del Mediodía como de Levante, lo mismo de Lusitania que de las apartadas regiones galaicas, astures y cántabras. En la época romana era célebre el oro del [-123→124-] noroeste (Str., III, 2, 8), que en un año, según Plinio (XXXIII, 78), produjo nada menos que 20.000 libras, en su mayoría de Asturias; el cinabrio y mercurio de Almadén, la antigua Sisapon, conocido ya de Theóphrastos (περί λίθων, VIII, 58), en el siglo IV, se extraía en tiempos de Plinio el Joven a razón de 2.000 libras anuales (Plin., XXXIII, 118); el hierro del Moncayo y de la Baetica, así como el de Vizcaya, que es citado por Plinio (XXXIV, 149), son también recordados; el cobre de la región de Huelva (Strab., III, 2, 8 y 9) era explotado desde tiempos remotísimos y constituyó una de las bases económicas de Tartessos, como luego veremos. El plomo de la región de Linares es mencionado por Strabon (III, 2, 10) y Plinio (XXXIV, 165); el estaño, de tanta importancia para la obtención del bronce, se explotaba en España desde tiempos atrás; la mayoría del estaño que se embarcaba en Tartessos por fenicios y griegos era de procedencia portuguesa, gallega y asturiana, donde hay que situar el primitivo emplazamiento de las Kassiterides. Poseidonios (apud Strab., III, 2, 9) y Plinio (XXXIV, 156-7) describen los yacimientos del noroeste, donde aparecía a flor de tierra (Str., loc. cit. y Plin., 122). El estaño gallego cambiábanlo los naturales a comerciantes extranjeros (Diód., V, 38, y Strab., III, 5, 11). Finalmente la fama mayor de la Península procedía de sus inagotables minas de plata. Acerca de ellas corrían en la antigüedad leyendas fabulosas, como la de los Pirineos, que tras un incendio en sus bosques manó abundante plata fundida (Poseidonios apud Strab., III, 2, 9; Diód., V, 35, 3; Ps. Arist. π. θαυμ. à. 87, y Athen., 233 e), o narraciones más verosímiles, como la de los mercaderes fenicios, que por no desperdiciar peso partían de España con anclas de plata (Diód., V, 35), o reales como los 1.500 kilos de plata que llevó a Samos el navarca Kolaíos (Heród., IV, 152), del que más tarde hablaremos. Dice Polybios (apud Strab., III, 2, 10) que los romanos obtenían de las minas de Cartagena, ya explotadas también por los Barcas intensamente, 25.000 drachmas diarias de plata y que en su tiempo (siglo II) trabajaban ¡cuarenta mil hombres! en ellas. Strabon (III, 3, 14) dice, copiando quizás a Polybios, que los turdetanos, es decir, los tartessios, tenían objetos de uso común, como toneles y pesebres, de plata. Los hallazgos de vajillas ibéricas de plata como la de Abenjibre (Albacete) en el país de los Bastetanos es buena muestra de ello. Las fabulosas cantidades de [-124→125-]

plata que los rapaces gobernadores romanos de la república se llevaron de la Península están consignadas en los libros de Livio y exceden a toda fantasía.

La ligera enumeración acabada de hacer basta quizás para dar una idea de la importancia que en la época romana tenía la explotación minera de España y deducir por ella la que pudo tener en la época de la colonización griega. A continuación veremos aquellos textos griegos referentes al tema y de fecha, en su origen, anterior a la batalla de Alalia, en los que hay alusión más o menos clara a la riqueza en metales de la Península (1) <sup>38</sup>.

En los libros bíblicos mencionanse repetidamente las riquezas minerales que, en viajes regulares, solían traer las naves llamadas de Tarschisch. Oro, plata, plomo, estaño y hierro son los minerales enumerados.

Entre los testimonios griegos más antiguos, contemporáneos de las primeras navegaciones al Occidente, cítanse los mismos metales. Con una envoltura todavía mítica Hesíodos, coetáneo de las navegaciones anteriores a las phókaias, cita en su *Theogonia* (hacia el 700) "las hermosas manzanas de oro" del Huerto de las Hespérides, sito "más allá del ilustre Océano"<sup>7</sup> (vs. 215-16), a Chrysaor, "la espada de oro" (v. 281 y 287), el palacio "con columnas de plata que llegan al cielo", mansión de la terrible Styx, hija del refluyente Okeanós (v. 776 y sigs.) (2) <sup>39</sup>.

Más tarde el poeta Stesíchoros, que vive hacia el 600 en Himera, la colonia griega más occidental de Sicilia, tenía noticias mucho más concretas. En un fragmento de su poema Gerioneís, conservado por [-125→126-] Strabon (III, 2, n), cita al río Tartessós, al que apellida "de raíces argéneas" (αργυρόριζος). Pero hacia el 630, es decir, antes de que Stesíchoros escribiese su poema, había tenido ya lugar el famoso viaje del samio Kolaíos a Tartessos, de donde regresó cargado de más de 1.500 kilos de plata a Samos, en cuyo Heraion consagró por ello un gigantesco trípode a la diosa (Heródotos, IV, 152).

El periplo base de la *Ora Marítima* de Avienus, anterior a Alalia (hacia el 535), cita el Mons Argentarius (v. 291) en la región de Tartessos y el río portador del estaño que lleva el metal hasta las murallas de Tartessos (versos 295-7) ("ídem amnis autem fluctibus stagni gravis — ramenta volvit invehitque moenibus— dives metallum). El estaño lo buscaban los mismos tartessios en las Oestrymnis (v. 296), es decir, en las Kassiterides de Heródotos (III, 115), cuya primera localización debe suponerse en el noroeste de España, de donde, incluso en la época romana, se extraía gran cantidad de estaño (v. pág. 124).

El mismo contenido que en el periplo vemos en una referencia de origen remoto contenida en un fragmento de Stephanos Byz., en el que el río Tartessos figura de nuevo como fluyendo de una montaña de plata (ἀπό του Ἀργορου ορους ρέοντος) y acarreando en sus aguas hasta la ciudad el preciado estaño (καί κασσίτερονεν Ταρτησση καταφέρει). Éphoros (siglo IV), haciéndose eco de citas antiguas recuerda a Tartessos "que lleva el estaño arrastrado por el río, así como el oro y el bronce". (Ταρτησός ποταμόρυτον

<sup>38</sup> Para más detalles en lo referente a la minería antigua española en general, consúltense: Rodríguez de Berlanga, *De las antiguas minas españolas. Metallica Hispana*, cap. VII, págs. 654 y sigs., de su gran obra *Los bronzes de Lascuta, de Bonanza y de Aljustrel*, Málaga, 1881; Hübner, *Arqueología de España*, 1888, págs. 224 y sigs.; Schulten, *Hispania*, columnas 2.004 y sigs., en la R. E. de Pauly-Wissowa, 1913, ó su versión española *Hispania*, Barcel., 1920, págs. 69 y sigs.; Cazurro y Ruiz, *La riqueza en metales preciosos de la España Antigua*, Memoria de la R. Acad. de Cienc. y Artes de Barcelona, 1924; T. A. Rickard, *The Mining of the Romans in Spain*, *Journal of Roman Studies*, 1928, págs. 129 y sigs.; Louis C. West, *Imperial Roman Spain, the objects of trade*, 1929, págs. 40 y sigs.; Manuel Torres, vol. II de la *Historia de España*, de Calpe, págs. 332 y sigs., en los que se hallarán complementos bibliográficos.

<sup>39</sup> Estos epítetos y descripciones son en realidad comunes a toda narración legendaria en las que, como es sabido, juegan siempre un papel importante las mansiones de plata, las frutas de oro, etc. Por eso no podemos considerar a Hesíodos como el primer testimonio griego *indiscutible* de las riquezas del lejano Occidente.

κασσίτερον ... χρυσόν τε και χαλκόν φέρουσα, apud Skymnos de Chios, 164). Lo mismo en Eustath. á Dion. (337).

En cuanto al plomo, no hay más noticia vieja que la mención en un fragmento de Hekataios (en Stephanos Byz.), que sitúa hacia el 500 la ciudad de Molybdana, la ciudad "del plomo", en el país de los Mastienos, es decir, en la rica zona minera (plata y plomo) de Cartagena. Molybdana debía ser un puerto de embarque griego o ibero, en el que las naves cargaban el plomo de la región.

A estas fechas, y no a las de las navegaciones phókaias, muy posteriores, ha de referirse un texto tardío, pero de apariencia y recuerdos remotos, que nos ha sido transmitido por Plinio. He aquí el texto: "plumbum —que ha de entenderse por *plumbum album* = estaño— ex Cassiteride insula primus adportavit Midacritus" (Plin., *Nat. Hist.*, 179). Por ella nos enteramos del nombre del primero que llevó —a [-126→127-] Grecia, se entiende— el metal procedente de las famosas Kassiterides o islas del estaño. La corrección Midacritus por Meidókritos (Μειδόκριτος), ya que en griego este es el nombre, parece lo más aceptable (1) <sup>40</sup>. Meidókritos se presenta en inscripciones áticas y en comarcas jónicas, lo cual facilita la posibilidad de que fuera un chalkidio, pues lo probable es que el estaño se llevase ya desde las primeras navegaciones de los chalkidios por los mares de Occidente.

---

<sup>40</sup> Schulten, *Tartessos*, 58, edic. española.